

CONFERENCIAS CIENTÍFICO-RELIGIOSAS

PRONUNCIADAS EN LA

CATEDRAL DE MADRID

POR

SALVADOR CASTELLOTE Y PINAZO

**Presbítero,
Doctor en Teología, y Canónigo, por oposición
de la mencionada iglesia**

2ª edición, preparada por

SALVADOR CASTELLOTE CUBELLS

**Presbítero,
Doctor en Filosofía, y Canónigo de la
S.I. Catedral de Valencia**

VALENCIA
2000

CONFERENCIAS
CIENTÍFICO-RELIGIOSAS

PRONUNCIADAS

EN LA

CATEDRAL DE MADRID

POR

D. SALVADOR CASTELLOTE Y PINAZO

**Presbítero,
Doctor en Teología, y Canónigo, por oposición
de la mencionada iglesia**

*Parati semper ad satisfactionem
omni poscenti vos rationem de ca,
qua in vobis est spe.
I Petr., III.15.*

MADRID

IMPRENTA CATÓLICA DE ADOLFO RUÍZ DE CASTROVIEJO
CALLE DEL FOMENTO, NÚM.13

1892

CONFERENCIA SEGUNDA

EL ORIGEN DE LA VIDA

*Hay cierta grandeza en considerar
la vida, con todas sus propiedades.
como un don primitivo del Criador.*

C.DARWIN

EL ORIGEN DE LA VIDA

EXCMOS. Y RVD MOS. SEÑORES:¹

Los esfuerzos hechos por el hombre para averiguar el origen primordial de los fenómenos que en la naturaleza se manifiestan, nos dan a conocer juntamente el poder y las flaquezas del humano entendimiento. Cual si llevásemos en nosotros encarnado el deseo de saber qué fueron en su principio el mundo y los seres que en el mundo se contienen, remontamos la corriente de los siglos con el mismo afán con que el intrépido explorador, que busca las fuentes ignoradas de caudaloso río, remonta su curso por entre salvajes riberas, y en llegando a las edades que, envueltas en tinieblas, yacen más allá de las comunas de la Historia, lejos de amenguarse nuestro natural deseo, parece como que aumenta, atraídos como vamos por el interés que en nosotros despierta lo desconocido y empujados hacia delante por la esperanza de poder llegar, cuando rompa un nuevo día, al término feliz de nuestras ansias.

Nunca se cansa el hombre de saber, como nunca se cansa la naturaleza de proponerle dificultades; si aumenta el poder de sus instrumentos, el campo de observación se agranda sin que pueda tocar sus aledaños; si abre nuevos surcos en la tierra, nuevas e inexplicables ruinas encuentra sepultadas en la gran necrópolis del planeta; cada descubrimiento es un abismo que atrae otro abismo, y no es la Ciencia quien puede llorar como Alejandro al verse detenido en su triunfal carrera.

El origen de la materia, el origen de la vida y el origen del hombre, preocuparon constantemente a aquellos que, prescindiendo de la fe, saliendo de las vulgares esferas, pusieron sus ojos en horizontes más anchos que los estrechos y limitados de la existencia personal, y llenos están los anales de la Ciencia de brillantes teorías y

¹ Los Sres. Arzobispos de Valladolid y Santiago de Cuba, los Obispos de Madrid-Alcalá y Cádiz.

arriesgadas suposiciones, juntas y revueltas con errores crasísimos y desatinos lamentables.

Nosotros, los creyentes, que sabemos de dónde venimos y adónde vamos, nada tendríamos que reprochar a los que tales cosas inventaron; veríamos pasar sin admiración ni extrañeza las hipótesis que, desacreditadas, desaparecen, y las que, llenas de presunción, vienen a reemplazarlas; asistiríamos tranquilos a las evoluciones de la Ciencia, esperando sus conclusiones definitivas, si no hubiese quien, abusando de nombre tan respetable, convirtiera en bandera de impiedad sus problemáticos adelantos.

Ningún hombre sensato, de los muchos que ennoblecen la historia del saber con sus nombres inmortales, se atrevió jamás a tanto: unos llegaron al límite más alto que pudieron alcanzar con su razón, pidieron alas a la fe, y llevados en sus plumas se remontaron a Dios, que les había convidado a contemplar las maravillas de su poder; otros confesaron su ignorancia y dejaron que la fe siguiese su camino; y no es, señores, que yo pretenda ahora negarles el talento a los que tanto empeño ponen en crear conflictos donde nunca pudo haberlos, que sólo quiero poner de manifiesto el abuso que cometen comprometiendo a la Ciencia en tan innoble causa, sólo por el deseo de abandonar los trillados caminos y alcanzar en el mundo una celebridad funesta. Y porque la Ciencia heterodoxa escoge con preferencia lo desconocido, para preparar en sus obscuridades emboscadas a la fe, después de haber considerado el problema de la vida ante la Religión y la Ciencia, he creído conveniente, para más confirmar las soluciones de la fe, hablaros hoy del origen de la vida; cuestión que si en la actualidad ha perdido mucho del interés que hasta hace poco despertó, tiene todavía puntos que deben aclararse, para evitar torcidas interpretaciones por parte de los incrédulos, é injustificadas alarmas por parte de los creyentes.

¿Qué sabe la Ciencia acerca de la primera manifestación de la vida sobre la tierra? ¿Cómo explica la fe la aparición primordial de los seres vivos? ¿Existe oposición entre el Génesis de la fe y el Génesis de la Ciencia? He aquí, señores, los puntos que pienso dilucidar en esta segunda Conferencia.

El materialismo contemporáneo hállese necesariamente obligado a decidirse por uno de los dos términos opuestos y antitéticos de este dilema: o el origen de la vida se explica por la existencia de una causa creadora, distinta del mundo y de la materia, o se concede a la materia y a las fuerzas, que sobre ella actúan, el poder de

producirla. «No existe otra alternativa: quien no admite la evolución secular de la materia, tiene que admitir el *milagro*, hipótesis necesaria que no puede destruirse ni con argumentos *a priori*, ni con experimentos de laboratorio.»² Pero el *milagro* –como no muy acertadamente llaman a la Creación los materialistas- es, según ellos, incompatible con la Ciencia, y quien lo admite, sólo por este hecho se hace indigno a la consideración de los hombres sabios; luego es preciso afirmar que la vida procedió en su origen fatalmente de la materia agitada y removida por las fuerzas brutales del Universo.

Si la Ciencia no hubiese demostrado que hubo un tiempo en que el planeta, envuelto todavía en los pañales de su infancia, cruzaba los espacios en estado incandescente, incapaz de sustentar la vida en aquella espantable fragua, donde, fundidos y volatilizandos, esperaban el momento de su formación los terrenos primitivos que constituyen el esqueleto de la tierra; si la Geología no admitiese como cierta la existencia de una época *azoica* en la historia de las revoluciones del globo en que habitamos, pudiera el materialismo negar el origen de la vida, como negó el origen de la materia, proclamándola eterna, resolver la dificultad cortando el nudo, salirse de las aperturas en que se ha puesto, oponiendo un absurdo metafísico al pretendido absurdo de la Creación *ex nihilo*. Pero esto no es posible: la vida ha tenido principio y es preciso que, si el materialismo ha de mantener sus categóricas afirmaciones, demuestre, con hechos positivos y científicamente comprobados, que la vida en su origen procedió espontáneamente de la materia, sin la intervención de Dios. ¿Lo ha conseguido? Vais, señores, a responder en cuanto os hayáis enterado de la relación del proceso.

Tyndall, en su famoso discurso de Belfast, considerado por los materialistas como el credo de la nueva fe, se lamentaba de que Darwin y Spencer hubiesen tratado tan a la ligera el origen de la vida, y es preciso –añadía- que el problema de nuevo se plantee. Al oír estas palabras, parecía natural esperar una solución, cuando he aquí que el orador se desentiende de lo que al parecer tanto le interesaba, con esta frase vacía de sentido: «La vida se desprende de elementos omnipotentes de la materia por la operación de un misterio indisoluble en los abismos del pasado.»

«La Ciencia –dice Huxley- no encuentra la manera de formular su opinión acerca de los comienzos de la vida: sólo puede adelantar simples conjeturas sin carácter científico.»

² Soury, trad. de Haeckel, *Preuves du Transformisme*, pref.

Para Du Bois-Reymond es el origen de la vida uno de los siete enigmas que desafían a la Ciencia experimental; y Darwin, con más sinceridad, afirmó que había cierta grandeza en considerar la vida, con todas sus propiedades, como un don primitivo de la bondad del Criador.³

Con estos antecedentes, vamos a examinar las hipótesis de que se han valido los partidarios de la producción espontánea de la vida, para que, pesándolas en la balanza de una crítica imparcial, reconozcáis su insuficiencia. Mucho terreno llevamos adelantado para ello, después de haber visto en la Conferencia anterior las diferencias esenciales que separan a la materia inerte de la materia organizada, y cómo no es posible explicar el misterio de la vida por la acción de las fuerzas físico-químicas, aún colocándolas en las más favorables condiciones.

Vieja es en el mundo la hipótesis de las generaciones espontáneas, desenterrada en nuestro siglo y adornada por los modernos epicúreos con los brillantes atavíos de las Ciencias naturales. Aristóteles explicaba el origen de todos los vivientes por tres clases de generación: generación vivípara, generación ovípara y generación espontánea; Lucrecio suponía que la tierra, reblandecida por el agua de las lluvias y llegada a cierto grado de putrefacción, engendraba a los gusanos; Virgilio, en sus *Geórgicas*, admite la generación espontánea de las abejas, nacidas de las entrañas corrompidas de un toro. Avicenta, en el siglo X, enseñó que todos los animales pudieron ser engendrados espontáneamente en la primera edad del mundo; los filósofos escolásticos, participando de la opinión de los naturalistas de su tiempo, admitieron la heterogenia de algunos animales, sin intenciones agresivas contra la fe; más o menos exagerada, defendieron posteriormente esa doctrina Van Helmont, los PP Kircher y Buonnani, Sebastián Munster, Aldovrandi, y, por último, Voltaire, que negaba a Dios el poder de sacar al mundo de la nada, reconocía en Needham habilidad suficiente para fabricar anguilas, esperando –decía él– que algún día será igualmente fácil fabricar hombres.⁴

Estas ridículas afirmaciones quedaron sin fundamento después de las experiencias del médico italiano Redi. Desde entonces nadie admite la generación espontánea de los insectos, y nadie ha defendido seriamente la de los *entoozarios* o parásitos intestinales, ni la de los infusorios, después de los notables trabajos de Van Beneden y de

³ *Apologie Scient. de la foi chrétienne*. F. Duilhé de Saint-Projet. 2ª ed. Toulouse, 1885, p.208.

⁴ Hement, *L'origin des êtres vivants*, 1882, págs. 57-58.

Balbín. La causa de los *heterogenistas* parecía irremisiblemente perdida, cuando de nuevo salió a defenderla en 1859, Pouchet, con argumentos que aparecían decisivos.⁵ Los hombres de ciencia partiéronse en dos bandos: la academia de París ofreció una recompensa a quien resolviese la contienda, y después de tres años de incesante lucha, triunfó Pasteur,⁶ demostrando hasta la saciedad que el polvo de que está sembrado el aire atmosférico –lo que el gran micrógrafo Ehreberg llamó *la vía láctea de los organismos inferiores*– es el vehículo que transporta al seno de las infusiones orgánicas los gérmenes de la vida, y que bastaba hacerlo pasar al través de un filtro de amianto a elevada temperatura, para que, esterilizado por la calcinación, dejasen de aparecer los infusorios.⁷

Tyndall reforzó con nuevos argumentos las conclusiones de Pasteur, declarando que en las ciencias experimentales no hay posición más segura que la que niega la generación espontánea.⁸

No por eso arriaron su pabellón los materialistas empedernidos: era preciso explicar de alguna manera el origen de la vida, sin recurrir a la acción del Criador, y no faltó quien se prestase a fabricar nuevas teorías, a riesgo de sufrir nuevos y más deplorables desengaños.

Célebre es en la historia de los humanos desvaríos, y en todas las lenguas andan traducidos sus escritos, el profesor de Zoología en la Universidad de Jena, Ernesto Haeckel, llamado por sus compatriotas el Darwin alemán. Este hombre soñador impuso al materialismo moderno el nombre de monismo, y salió a defenderlo con razones de tanto peso como las que voy a exponeros, citando textualmente sus palabras, para que nadie me tache de parcial.

«La generación espontánea es una hipótesis necesaria, sin la cual no puede concebirse el origen de la vida sobre la tierra... ¿Cómo aparecieron los cuerpos vivos en un planeta puramente mineral? Químicamente se formaron a expensas de los compuestos inorgánicos: el ázoe y el carbono formaron esa sustancia compleja que llamamos protoplasma, y en la cual radican constantemente todas las energías vitales. En el fondo del mar y a enormes profundidades, vive todavía un protoplasma homogéneo y amorfo de extrema sencillez, llamado *bathybius*. Cada una

⁵ Pouchet, *Hétérogenie*, págs. 374-375; 431-432. Le auxiliaron en la defensa Joly y Musset y tuvo por adversarios a Milne-Edwards, Payen, de Quatrefages, Claudio Bernard y Dumas.

⁶ Los hechos observados por Pasteur –decía Balart, en nombre de la comisión nombrada por la Academia– son de la más perfecta exactitud.

⁷ Pasteur, *Memoire su les corpuscules organiques suspendus dans l'atmosphère*.

⁸ Tyndall, *Les microbes organiques*, Memorias de Tyndall y Pasteur, publicadas por el Abate Moigno, París, 1878, págs. 19-22; 53 y sig.

de esas partículas amorfas y vivientes se llama *mónera*. Las *móneras* primitivas nacieron en el mar por generación espontánea, como se forman los cristales salinos en las aguas madres. Ésta es una hipótesis exigida por la ley de la causalidad inherente a la razón humana...⁹ Las primeras de estas *móneras* nacieron por generación espontánea cuando comenzaba el período *laurentino*, procedentes de compuestos inorgánicos y como simples combinaciones de carbono, de ácido carbónico, hidrógeno y ázoe.»¹⁰

¿En qué apoya Haeckel sus dogmáticas afirmaciones?, ¿qué fundamento tiene su fantástico sistema, más digno de figurar entre los mitos cosmogónicos de la India que entre las hipótesis científicas del siglo XIX? La ley de causalidad inherente a la razón humana, y la imposibilidad de admitir el *milagro* de la Creación; pero eso no basta: la Ciencia rechaza las opiniones preconcebidas, el espíritu de secta o de partido, y sólo admite hechos positivos y demostrados; por eso los jefes del materialismo condenan la teoría haeckeliana, y ponen en caricatura las *móneras* y el *batibio*, que nunca han existido, fuera de la imaginación calenturienta de quien los dio a luz.

El año 1868, un naturalista inglés, Huxley, pescó en las profundidades del mar una sustancia mucosa e informe que, con gran algazara de los materialistas, se creyó ser la más notable de todas las *móneras*, la columna principal de las teorías evolucionistas, el *bathybius Hæckeli*. Así fue apellidado por su afortunado descubridor, y así corrió por el mundo, llevado por los vientos de la fama, como máquina de guerra destinada a batir definitivamente los baluartes de la fe. *iEureka!* –decían los ateos–; tenemos en la mano el protoplasma primitivo, la fuente y el origen de la vida; pero estaba escrito que habían de durar poco sus entusiasmos y su alegría.

Ocho años después, Mœbius, profesor de Kiel, al regresar de una expedición que había hecho a bordo del *Challenger*, para estudiar la fauna submarina, demostraba experimentalmente ante el Congreso de los naturalistas alemanes, celebrado en Hamburgo, que el tan decantado *batibio* era un producto artificial, un precipitado de sulfato de cal disuelto en el agua, merced al alcohol en que se habían conservado las preparaciones.¹¹

Del mismo modo se expresó Milne-Edwards en la sesión solemne que en 25 de Octubre de 1882, celebró el Instituto de París, y en la cual el distinguido naturalista dio cuenta de la misión científica que acababa de realizar a

⁹ E. Haeckel, *Anthropogénie*, págs. 321-322. Histoire de la *Création*, pág. 299.

¹⁰ Ibid., pág. 573. *Le règne des protistes*, pág. 74.

¹¹ Citado por Haeckel, *Le règne des protistes*, pág. 93.

bordo del *Travailleur*. El *batibio* –decía– es una mucosidad segregada por las esponjas y algunos zoofitos, cuando sienten en sus tejidos el rudo contacto de los aparatos de pesca; el *batibio*, que tanto tiempo ha ocupado al mundo, debe bajar de su pedestal y volver a la nada.¹² ¿Qué más, señores? El mismo Huxley, que lo había dedicado a Haeckel, excitó la hilaridad del Congreso de la Asociación británica, celebrado en Sheffield, llamando al *batibio*, «quisicosa que no ha cumplido lo que sus primeros albores pronosticaban.»¹³

Así acabó la última esperanza de los *monistas*, y a esos lances les condujo el espíritu de partido que gobernaba el rumbo de sus investigaciones. ¡Ojalá que tantas desventuras les hubiesen abierto los ojos!

Por fin, no es posible eludir el testimonio concluyente de los hechos, suponiendo que las condiciones en que se encontró la tierra en sus tiempos primordiales, pudieron producir la vida de una manera espontánea,¹⁴ porque esta hipótesis echa por tierra uno de los principales fundamentos de la Ciencia, la constancia é invariabilidad de las leyes naturales. Indudablemente, las fuerzas físico-químicas, la luz, el calor y la electricidad, fueron entonces más intensas, como más lo son actualmente en el ecuador que en los polos, pero las leyes de la vida, siempre y en todas partes son las mismas, y si hoy no son capaces de producir ni el infusorio, ni el musgo, sin gérmenes precedentes, ni en los tiempos más remotos ni en los siglos venideros han tenido ni tendrán la virtud de que carecen.¹⁵

Para llevar esta cuestión al cabo, quiero ahora dar por supuesto lo que no han conseguido demostrar los heterogenistas, lo que la Ciencia rechaza: que se dan efectivamente generaciones espontáneas. ¿Se habrá de seguir de aquí la ruina del dogma de la Creación? ¿Acaso no las admitieron San Agustín y San Basilio, San Buenaventura y Santo Tomás, Pedro Lombardo y Suárez, en general, los teólogos y filósofos de más nota en los siglos medios, sin que viesan en ello sombra de rozamiento con la fe? Una cosa es suponer que la vida en su primer principio procedió de esa manera, otra muy distinta pensar que sin gérmenes especiales y de la putrefacción de los cuerpos que alguna vez tuvieron vida, pudieron derivarse seres vivos; era para ellos esta una cuestión meramente filosófica, que nada tenía

¹² "Les explorations des grandes profondeurs de la mer, faites à bord de l'avis «le Travailleur», *Journal officiel*, 28 Oct. 1882, pág. 5839.

¹³ Duilhé, *Apol. Scient.*, p. 230.

¹⁴ Burmeister, *Hist. de la Création*, pág. 304.

¹⁵ Observa Rodulfo Wagner que cuanto más energía adquieren los agentes físico-químicos, más perjudican al desarrollo de la vida en vez de favorecerla, hasta el punto que llegados a cierto grado de intensidad, destruyen toda organización.- CF. Hettinger, *Apol. I*, pág. 79.

que ver con la fe; consideraban a Dios como el primer autor de todo lo criado, y a la eficacia suya, comunicada a los elementos en la Creación primitiva, atribuían estos efectos, que con otras razones no supieron explicar. Por eso, cuando Avicena aseguró que todos los animales pudieron ser obra exclusiva de las combinaciones de la materia, opusieron a su error lucidísimas reflexiones.

«La naturaleza –dice Santo Tomás- se endereza a sus efectos por medios proporcionados; por lo cual, las cosas que naturalmente se engendran de semilla, no pueden sin semilla ser naturalmente procreadas... En la primera institución de las cosas, el principio activo fue el mandamiento de Dios que de la materia elemental hizo los animales, ya sea en el acto, como quieren muchos Santos Padres, ya sea virtualmente, según San Agustín.»¹⁶

De aquí podrán inferir los hombres, dados a las investigaciones científicas, la libertad de que gozan los que voluntariamente se someten a las enseñanzas de la fe, y cómo la Iglesia, lejos de ser –como dicen- un estorbo para el recto adelantamiento de sus estudios, les da ya fabricada la sólida base en que deben apoyarse sus trabajos, para levantar con sus nobles esfuerzos el templo magnífico de la Ciencia. La condenación de las obras de Galileo por una Congregación romana, suceso providencial y único en la Historia de la Iglesia¹⁷, a todos nos enseñó a proceder con cautela y a tomarnos tiempo para admitir o rechazar las opiniones científicas. Procedan con el mismo tino los que se dedican al estudio de la naturaleza, y habremos encontrado la conciliación y la paz.

Parca ha sido la Ciencia en formular conclusiones acerca del origen de la vida, y parca es también la Religión en sus afirmaciones dogmáticas.

La vida comenzó en el mundo cuando el mundo estuvo en disposición de sustentarla; la Paleontología no ha encontrado rastro de vegetales ni de animales en los terrenos primitivos;¹⁸ el enfriamiento de la corteza terrestre, el esbozo de los primeros continentes y el encauzamiento de los mares, precedió a la flora y a la fauna de los tiempos

¹⁶ *Summa Theol.* I, q. LXXI, ar. 1. –Cf. P.J. Mir, *La Creación*, capítulo XXXV, art. II

¹⁷ Suceso providencial llamo a éste, porque puso de manifiesto la asistencia que el Divino fundador de la Iglesia prometió y concede a su Vicario en la tierra, pues sin esa asistencia especialísima no se explica por qué el Papa no suscribió aquella condenación. «En esto, dice el sabio jesuita Tiraboschi, debemos admirar la Providencia de Dios a favor de la Iglesia, pues en un tiempo en que la mayor parte de los teólogos creían firmemente que el sistema Copernicano era contrario a la Sagrada Escritura, no permitió, sin embargo, que la Iglesia se pronunciasse sobre este punto por un juicio solemne.» «La divina Providencia –añade H. Martín- permitió que aquella falta de un tribunal particular, fuese cometida una vez para que sea imposible en lo porvenir.»

¹⁸ Corrió parejas con el *batibio* el no menos célebre *Eozoón Canadiense*, pretendido habitante de los terrenos primitivos y reducido a la condición de simple accidente mineralógico.- A. de Lapparent, *Géologie*, pág. 640.

paleozoicos, en la primera edad del mundo: simultánea y sucesivamente aparecieron en el fondo de las aguas los *trilobites* y las algas, como primeros representantes de la escala biológica, definitivamente cerrada con la creación del hombre. Tal es, en resumen, lo que la Geología tiene por cierto y averiguado, y exactamente lo mismo que ella insinuó Moisés en el primer capítulo del Génesis.

De un solo rasgo, describió la Creación del Universo, para empezar la historia de la tierra por aquel estado yermo y tenebroso en que debió encontrarse en sus comienzos; el espíritu de Dios era llevado sobre el inmenso mar que por todas partes le cubría, y cuando alboreaba ya en los cielos aquella lumbre virginal que por mandamiento divino brotó de las tinieblas, puestos en paz los elementos que con sus ímpetus furiosos llenaron de catástrofes las primeras edades del planeta; congregadas en su lugar las aguas, y puesta al descubierto la tierra firme, dijo Dios:

«Produzca la tierra hierba verde, y que dé semilla, y árboles frutales que den fruto conforme a su especie, y contengan en sí mismos su fruto sobre la tierra», y así se hizo.¹⁹

¿Quién nos explicará el modo cómo se realizó aquel prodigio, lo que fue aquella vegetación que trajo al mundo las primicias de la vida, y por qué secretos caminos preparó Dios su advenimiento? La Geología dice que en la época carbonífera, correspondiente al tercer día genesiaco, la tierra, desde las riberas del Spitzberg hasta los bosques de Australia, era un vasto archipiélago de verdura; que los helechos arborescentes levantaban sus pimpollos a treinta pies del suelo, y aún por encima de sus copas asomaban los tallos coronados de plumas de las gigantescas *colas de caballo*; que bajo la sombra de aquellas fantásticas enramadas brotaban de la tierra humedecida descomunales hongos, y que en el fondo de los mares formaban magníficos encajes las dilatadas algas; que aquella flora primordial de tejidos blandos, pulposos y deleznales, uniformemente repartida por la superficie del globo a consecuencia de la igualdad de su temperatura, purgó la atmósfera del ácido carbónico que la saturaba, para quedar sepultada más tarde en las entrañas de la tierra, y convertirse en el *pan negro* de que se alimenta la industria moderna; que aquella época es por excelencia la edad de las yerbas y de las plantas, como en breves palabras se insinúa en la primera página de los libros santos.²⁰

¹⁹ Gen. 1, 11.

²⁰ Nada dijo Moisés de la flora submarina que probablemente precedió a la terrestre, porque su fin era hablar a un pueblo rudo de las cosas que estaban a su alcance. «El callar el sagrado escritor la creación de los primeros seres submarinos, sólo probará que no

Si Dios crió primero las semillas que las plantas, o dio virtud especial a la tierra y a las aguas para que de golpe produjesen, cosa es que no nos importa averiguar, ni hay en ello interés alguno apologético, presupuesta la intervención divina en el primer origen de la vida, como reconocen de común acuerdo la Revelación y la Ciencia.

Tampoco pretendo exagerar la concordancia entre el Hexamerón mosaico y el Hexamerón geológico, porque ni la Geología ha conseguido otra cosa que trazar limpiamente las líneas generales de la historia de la tierra, ni es la Biblia un manual de Ciencias naturales escrito con fines académicos, ni andan tan conformes los intérpretes católicos, que unánimemente crean ser posible semejante concordancia.

En los grandes archivos de la naturaleza –decía Vogt– ha encontrado la Ciencia un volumen escrito en una lengua poco conocida; de ese volumen faltan muchas páginas, y en las pocas que ha encontrado, apenas si ha podido leer algunas líneas. La segunda mitad del siglo XIX –añade Lyell²¹ se ocupa en corregir las opiniones de la primera; por lo cual no debemos apresurarnos a establecer entre el Génesis y la Ciencia armonías tan completas que tengamos después que retocarlas.²²

Más altos eran los vuelos de Moisés, y a otros intentos se dirigía Dios cuando le dictó las páginas del admirable Pentateuco. El monoteísmo, opuesto a las supersticiones politeístas que entonces señoreaban en el mundo; el dogma de la Creación, desarrollado en cuadros de entonación sublime, y acomodados al carácter oriental del pueblo hebreo; la institución divina del sábado y de la semana como ley fundamental de Israel; la materia comenzando sus evoluciones con el tiempo; la vida comunicada por el Criador a la naturaleza; el hombre, recibiendo con el soplo divino el alma racional y hecho a imagen y semejanza de Dios, son las verdades que campean en la relación mosaica, las

pretendió tejer la historia de los reinos organizados, sino tan solamente revelarnos las cosas terrestres más visibles y de más tomo, porque el atender a sondear los mares y a narrar la creación de los peces, poco le importaba a su intento, y con hacer mención de éstos en el vers. 20, había dicho lo bastante para satisfacer el deseo de los hombres.- P.J. Mir, *La Creación*, cap. XXII, art. I.»

²¹ *Principes de Géologie*

²² Ténganse muy presentes en esta cuestión las siguientes reglas de San Agustín y Santo Tomás, dictadas por la prudencia: «In rebus obscuris atque a nostris oculis remotissimis, si quae inde scripta etiam divina legerimus, quae possint, salva fide qua imbuimur, alias atque alias parere sententias, in nullam earum nos praecipiti affirmatione ita projiciamus ut si forte diligentius discussa veritas eam recte labefactaverit, corruamus; non pro sententia divinarum Scripturarum sed pro nostra ita dimicantes, ut eam velimus Scripturarum esse quae nostra est; cum potius eam quae Scripturarum est, nostram esse velle debeamus.» *De Genesi ad litteram*, lib. I, cap. XVIII. «Cum Scriptura divina, multipliciter exponi possit, nulli expositioni aliquis ita praecise inhaereat, ut si certa ratione constiterit hoc esse falsum, quod aliquis sensum Scripturae esse credebat, id nihilominus asserere praesumat; ne Scriptura ex hoc ab infidelibus derideatur et ne eis via credendi praeccludatur.» *Summa Theol.* I, q. 68, a. 1.

verdades que enseña la fe, las verdades que nunca desmentirá la Ciencia.

Libre es cada cual de seguir en los detalles la exposición que mejor le plazca; desde la *literal*²³ que tiene por días naturales los días genesiacos, hasta la *ideal, alegórica o mística*, sustentada por San Agustín, para quien todas las cosas fueron criadas en un solo instante y en el estado de perfección en que las vemos;²⁴ desde la *concordista*, propuesta por Cuvier, para armonizar el Génesis con la Ciencia,²⁵ hasta la moderna *teoría de la restauración*, que supone formada nuestra tierra de las ruinas de un mundo más antiguo;²⁶ desde la *profética* de Kurtz,²⁷ hasta la *poética* de Monseñor Clifford,²⁸ todas caben dentro de la fe, y si a algunas de estas interpretaciones se las ha tachado de inexactas y poco conformes con las reglas de la *exégesis*, nadie se ha atrevido a calificarlas de contrarias al dogma, a todas ha respetado por igual la Iglesia, sin pronunciar sobre ninguna su fallo definitivo.

Vuelvan, pues, sobre su acuerdo los doctores materialistas, y no digan que la Iglesia es un obstáculo para el adelantamiento del estudio de la naturaleza, ni que la Ciencia ha de ser por necesidad atea y materialista.

En 1874, decía el veterano Chevreuil a la Academia de Ciencias de París: «Algunas veces me he preguntado si en una época, en que tanto se dice que la Ciencia moderna conduce al materialismo, no era obligación de un hombre, que ha pasado su vida rodeado de libros y en un laboratorio de Química, buscando la verdad, protestar contra una opinión diametralmente opuesta a la suya... Estoy

²³ Siguen esta opinión entre los modernos: Bosizio, Sorignet, Eirich, Glaire, Veith y Kiel.

²⁴ Algunos autores modernos, conformes en el fondo con la opinión de San Agustín, la modifican más o menos, suponiendo que la relación mosaica no es *objetiva*, sino *subjetiva*. No da cuenta del orden con que aparecieron las cosas en la Creación, sino del orden con que Dios se les manifestó en diferentes visiones correspondientes a los días del Hexamerón. Estas visiones pudieron tener lugar en seis días diferentes. De este parecer son: H. Martín, Faye, Michelis, Kurtz y otros.

²⁵ Esta teoría, expuesta por Cuvier en 1821, es la más generalmente admitida y cada día cuenta con mayor número de partidarios.

²⁶ Defendida por Westermayer, Card, Wiseman, J. Hutton, Mohillo, Bukiand, Chalmers y Fabre d'Enviu.

²⁷ «Sienta este escritor que ni los hechos acaecieron por el orden que en el Génesis parecen delineados, ni ha de pedirse al repartimiento de los días, hecho por Moisés, más realidad que lógica e intencional. Porque Moisés, como otro profeta cualquiera, en una visión que tuvo vio el drama de la Creación puesto en escena, y lo dividió en seis actos, que determinó apellidar días. Tenida la visión, fue trasladando puntualmente al papel las cosas vistas, por el mismo orden que se lo habían representado al pensamiento cuando le fueron reveladas.» P.J. Mir, *La Creación*, 2ª ed., pág. 71.

²⁸ En abril de 1881 apareció en la *Revista de Dublín (Dubin Review)*, un artículo suscrito por Mons. Clifford, Obispo de Clifton. Queriendo evitar las dificultades que ofrece la conciliación del primer capítulo del Génesis con las Ciencias naturales, cortólas del Génesis con las Ciencias naturales, cortólas de raíz despojando a este capítulo de todo carácter histórico, y suponiéndole himno destinado a cantar las glorias del Criador e introducción poética a la historia del linaje humano, que sólo comienza en el vers. 4º del cap. II. Esta opinión ha sido seriamente combatida y por muchos intérpretes de nota del todo rechazada.

convencido de que existe un Ser creador de una doble armonía: la armonía, que señorea el mundo inanimado, revelado por la Mecánica celeste y por los fenómenos moleculares, y la armonía, que rige el mundo organizado y vivo. Jamás he sido materialista y en ninguna época de mi vida he podido ser producto del acaso.»²⁹ Tal es la consecuencia que lógicamente se desprende de las consecuencias que llevamos hechas acerca del origen de la vida, consecuencia que elocuentemente declaraba el patriarca Idumeo, diciendo a sus amigos: «Interrogad a las bestias del campo y a las aves del cielo; hablad a la tierra y a los peces de la mar y os responderán: ¿Quién ignora que la mano del Señor hizo todas estas cosas? Él tiene en sus manos el alma de todos los vivientes y el espíritu que anima la carne de los hombres»³⁰ Dios, señores, es el origen y la fuente suprema de la vida; Dios, que, para confundir la arrogancia de los modernos Titanes, no ha necesitado echar sobre sus espaldas la pesadumbre del Universo, bastándole, para desbaratar sus proyectos, poner delante de sus ojos el polvo deleznable en que con mano pródiga sembró los gérmenes de la vida.

²⁹ E. Neville, *La Phisique Moderne*, París, 1890, pág. 209.

³⁰ Job XII, 7-10